CARLOS ALBERTO MONTANER

CHARLA MAGISTRAL

RETOS AL PENSAMIENTO MODERNO
A LAS PUERTAS DE UN SIGLO NUEVO

EDITORIAL UPC

CARLOS ALBERTO MONTANER

**Retos al pensamiento moderno
a las puertas de un siglo nuevo**

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas
Lima, julio de 1999

© Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)
Primera edición: julio de 1999

Editado por:
Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas S. A. C.
Av. Alonso de Molina 1611, Lima 33 (Perú)
Teléf.: 313-33333
www.upc.edu.pe

Cubierta: Julia Navarrete
Edición: Úrsula Freundt-Thurne / Mónica Jacobs
Diseño de cubierta y diagramación: Judith Kahn
Versión ebook: noviembre de 2018

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas
Centro de Información

Montaner, Carlos Alberto. *Retos al pensamiento moderno a las puertas de un siglo nuevo*
Úrsula Freundt-Thurne (ed.). Lima:
Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC), 1999
ISBN versión impresa: 978-9972-676-08-2
ISBN versión PDF: 978-612-318-169-7
ISBN versión EPUB: 978-612-318-170-3
LITERATURA / TEORÍA LITERARIA
801 MONT

Esta publicación es de acceso libre a través de la web:
<http://repositorioacademico.upc.edu.pe>

*Este libro contiene la transcripción de la Charla
Magistral Retos al Pensamiento Moderno a las Puertas
de un Siglo Nuevo de Carlos Alberto Montaner,
organizada por la Universidad Peruana de Ciencias
Aplicadas (UPC), así como los comentarios a cargo del
Dr. Max Hernández y del Ing. Felipe Ortiz de Zevallos.*

Sin título

Díptico

80 x 45 cm

Óleo sobre lino natural

*La Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)
agradece a Julia Navarrete la cesión de su cuadro
reproducido en la carátula.*

Presentación

En nombre de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC), quiero extender a nuestro ilustre expositor, Carlos Alberto Montaner, a nuestros distinguidos comentaristas invitados, el Dr. Max Hernández y el Ing. Felipe Ortiz de Zevallos, y a todos y cada uno de ustedes, un testimonio de reconocimiento institucional por su grata comparecencia esta noche, convocados todos para conversar y reflexionar sobre un tema fundamentalmente asentado en el terreno de las ideas, como es el de los Retos al Pensamiento Moderno a las Puertas de un Siglo Nuevo.

Vivimos en nuestros días con la conciencia o dentro de la inconciencia generalizada de atravesar tiempos movidos. El ritmo de los hechos es tan agitado que su velocidad frenética a veces nos sumerge en un difundido estupor que nos priva de sentido crítico. Las corrientes que entrecruzan nuestras vidas son tan fuertes que parecen arrastrarnos a uno de los más lamentables estados en que podría sumirse la humanidad: el contentarse con un pragmatismo miope y cortoplacista, donde la eficacia de los resultados pretende sustituir la validez de las ideas y de los principios.

Hoy, al borde del final del siglo que nos vio nacer, lo correcto no es llenarnos la boca de palabras inútiles referidas al siglo que nos espera y que, si se trata de ser francos, no somos capaces de imaginar. Si en la última década el avance de la civilización ha superado al de los últimos dos siglos, ¿qué podríamos decir de lo que nos espera en los años venideros?

Lo correcto es recuperar el sentido de lo que resulta ser verdaderamente importante en la vida de los individuos y de los pueblos, y no dejarse llevar simplemente por el sentido o el contrasentido de las urgencias.

¿Son las ideas las que prefiguran las realidades que los hombres y mujeres se proponen y consiguen, o no,

alcanzar? ¿O resulta que son las realidades las que sirven para decantar las ideas que los hombres reconocen a partir de su eficacia? ¿Cuál es el papel que el pensamiento está llamado a jugar en nuestros días? ¿En qué medida somos capaces de aprender de las experiencias vividas? ¿O cómo dar vida a esos sueños de la razón que son las ideas, y que no nos es siempre dado ver plasmadas en realidades pero que dan sentido al resto de nuestras vidas y nos impulsan a contagiar a los demás para conseguir ese futuro que quisiéramos para nuestros hijos o nuestras sociedades?

Para tratar estos y otros temas, dentro de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC), nos pareció conveniente invitar a nuestro país a alguien que pudiera ayudarnos a cumplir mejor nuestra tarea educativa que no se circunscribe a nuestros alumnos, sino que, dentro de una visión de apertura, se propone extender en beneficio de toda la sociedad. Y pensamos en Carlos Alberto Montaner, cubano universal, cuyas ideas publicadas afortunadamente entre nosotros con cierta periodicidad nos desafían con su lucidez y nos provocan con su radical solidez.

Acompañan a nuestro invitado dos importantes pensadores de nuestro medio. El Dr. Max Hernández, reconocido psiquiatra cuya preocupación por nuestra sociedad lo ha llevado en tantas oportunidades a estudiar con igual rigor nuestro pasado cultural y a reflexionar sobre el futuro que nos espera, y el Ing. Felipe Ortiz de Zevallos, quien ha hecho de su preocupación por la empresa el centro de su vida, y que ha sabido influir de manera iluminadora diversos momentos críticos de nuestra historia contemporánea. A los dos, muchas gracias por su valiosa participación en este acto.

Quiero, finalmente, dejar un expreso testimonio de reconocimiento a diversas entidades que hicieron posible la presencia de Carlos Alberto Montaner, así como su relación con diversos sectores de nuestra sociedad civil en los días de su visita. A la AFP Integra, que con su valioso auspicio

permitió la realización del Seminario que en estos días se desarrolla en nuestro Campus de San Isidro. Al diario *Expreso*, que ofreció sus páginas para la preparación y difusión de sus actividades. Al Hotel Miraflores Park Plaza, que lo alojó. A los restaurantes El Señorío de Sulco, Carlín y La Hacienda de Monterrico, en cuyas mesas se han compartido comidas e ideas.

Un agradecimiento también especial a Telefónica que, al abrir su auditorio al público hoy presente, le hace posible disfrutar esta ocasión singular. Y a Cable Mágico, que hará posible que ella llegue en días sucesivos a quienes no han podido acompañarnos esta noche.

Para finalizar, quiero pedirles que me permitan compartir con todos ustedes y con nuestro expositor invitado una noticia que, para usar un término usual dentro de la profesión comunicadora, es también para él una primicia.

La Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC) considera que Carlos Alberto Montaner ha cumplido, entre mucha gente, un definido papel educativo. La ha ayudado a entender el mundo de nuestros días, a imaginar cómo mejorarlo dentro de las notas propias de una libre y civilizada convivencia ciudadana y de las reglas de una economía imaginada para generar riqueza y no para impedirla, para extenderla y no para limitarla. Por la importancia de la tarea educativa cumplida a través de su ejercicio intelectual y de su oficio periodístico, nuestra universidad ha acordado conferir a Carlos Alberto Montaner, a través de su Facultad de Ciencias de la Comunicación, la distinción universitaria de Profesor Visitante de la institución, en un sencillo acto que tendré el gusto de formalizar al término de esta charla magistral.

Muchas gracias.

Luis Bustamante Belaunde
Director general de la
Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)

CARLOS ALBERTO MONTANER

**Retos al pensamiento moderno
a las puertas de un siglo nuevo**

Retos al pensamiento moderno a las puertas de un siglo nuevo

Como la palabra “pensamiento” evoca una abstracción un tanto inefable, una teoría acaso propuesta para el análisis restringido de ciertos académicos expertos en alguna *lingua* científica, voy a comenzar por la otra punta, voy a comenzar por los hechos, por las consecuencias que tienen las ideas, y a partir de esta experiencia trataré de deducir el pensamiento que dio origen a las acciones, aunque no siempre pueda establecerse claramente la “paternidad” intelectual del pensamiento en boga. A veces, ese pensamiento, esa forma de entender, sencillamente, flota en el ambiente. Otras, sin embargo, será más fácil encontrar la directa filiación del perspicaz “pensador” que mejor encontró las claves de nuestro tiempo. De esta suerte, el “pensamiento moderno” al que alude el título de estos papeles no estará referido a ciertas elucubraciones oscuras debidas a pensadores más o menos originales, pero sin el menor contacto con la realidad, sino a las reflexiones sugeridas por la realidad a algunas personas notables, poseedoras de la capacidad intelectual necesaria para proponer reglas o para deducir juicios de valor extraídos de la experiencia. Ése será el método que seguiré a lo largo de esta conferencia. Partiré siempre de un fenómeno observable y de él intentaré descubrir el orden lógico que lo sustenta.

Hace pocos meses, un grupo de países vinculados a la OTAN bombardeó incesantemente a Serbia hasta conseguir dos objetivos inusuales en la historia de los acontecimientos bélicos: primero, que los serbios le pusieran fin a los atropellos y crímenes contra los albanos-kosovares —esa barbarie escondida tras la obscena frase “limpieza étnica”—, y, segundo, que la provincia de Kosovo, donde esta etnia es mayoritaria, pudiera adquirir una cuota de autogobierno. El costo de esa corta guerra todavía no se ha calculado con precisión, pero

indudablemente estará en la vecindad de los miles de millones de dólares.

El siglo, pues, termina casi como empezó: con una guerra en los Balcanes. Pero mientras la Primera Guerra Mundial fue el resultado de un complejo juego de equilibrios y alianzas políticas basadas en el cinismo de la frase atribuida a Lord Gladstone —“los países no tienen principios sino intereses”—, lo ocurrido esta vez demuestra exactamente lo contrario: las naciones más poderosas del planeta se pusieron de acuerdo para defender los principios, en contra, precisamente, de sus intereses más palmarios. El propósito de esa guerra fue defender a una minoría étnica con la que los países de la OTAN apenas tenían lazos históricos, no había en juego ninguna alianza estratégica (por el contrario, se tensaban peligrosamente las relaciones con Rusia) y el “teatro de las operaciones” — como con cierta cursilería se dice en el lenguaje periodístico— carecía del menor atractivo económico. La pequeña región de Kosovo no es rica en petróleo, ni en oro o diamantes, y no abre o cierra el paso a ninguna vía terrestre o marítima vital para Occidente. Es sólo un rincón más de una complicada geografía, habitado por unas personas generalmente pobres, carentes de un perfil histórico notable o de un pasado glorioso que de alguna manera provocara una especial solidaridad euroamericana. Incluso, ni siquiera podía existir una oculta simpatía religiosa, porque esta vez —al contrario de lo que ocurrió en Iraq— el “enemigo” era el cristiano, mientras el “amigo” resultaba ser el creyente de religión islámica.

¿A dónde nos lleva este suceso? A constatar que en el corazón de Occidente se ha instalado una idea, un pensamiento enormemente trascendente: a fines del siglo xx, se ha recuperado la convicción de que el ser humano, por el mero hecho de serlo, posee unos derechos naturales que lo protegen —o debieran protegerlo— de los excesos cometidos por los Estados. En el episodio de Kosovo, están los *ius naturalistas*. Están Vitoria y Mariana; están

Spinoza y Locke. Están los pensadores que defendían la tolerancia con el que era diferente, y especialmente si nos disgustaban esas diferencias, porque la tolerancia, prueba suprema de la civilidad, es exactamente eso: aprender a vivir con aquello que visceralmente rechazamos. Están, además, los constitucionalistas: Locke, Harrington y Milton. Esto es, los pensadores que propusieron una relación social normada y limitada por leyes justas que impidieran el atropello de las minorías por decisión de las mayorías.

Quizás hoy no nos damos cuenta, pero casi todo el siglo xx se caracterizó por la indiferencia ante el dolor ajeno y por la cínica aceptación de que cuanto ocurría dentro de las fronteras de un Estado soberano, por atroz y repugnante que fuera, no podía ser juzgado desde el exterior, y mucho menos impedido por la fuerza. Hubo, hasta Kosovo, impunidad casi total para los crímenes de Estado. Vivimos, sin sentir la menor vergüenza, escondidos tras el “principio de no-intervención”, invocando los supuestos derechos de una abstracta soberanía, mientras se cometían los peores crímenes contra millones de personas de carne y hueso, como consecuencia de la etnia a la que pertenecían, la religión que profesaban o las ideas políticas que sostenían. Felizmente, ya es posible decir que los Estados sí tienen principios éticos y valores, y, por lo menos algunas veces, cuando les es dable sin afrontar riesgos desproporcionados, están dispuestos a defenderlos a un altísimo costo. Y es importante subrayar este hecho, esta contextura moral en que se inscribe esta guerra, porque no faltan quienes pretenden ver en el episodio de Kosovo una especie de siniestra táctica de los defensores de la globalización y el mercado, que con los bombardeos buscaban galvanizar una intimidante posición común frente a los pobres del planeta, como confusamente ha intentado decir Ignacio Ramonet, el director de **Le Monde Diplomatique**, en un delirante artículo muy divulgado en Europa.

Acerquémonos a otro hecho tremendamente significativo: en 1989, como todos sabemos, el Muro de Berlín fue literalmente deshecho a martillazos, y los Estados que antes conformaban el Bloque del Este dieron un giro político y económico de 180°. Asimismo, en América Latina, una tras otra fueron cayendo las dictaduras, con la excepción de la cubana, y en todos los casos, más tarde o más temprano, se recurrió a las formas democráticas para asentar la nueva realidad. Se sabía que las democracias no traían la solución de los problemas económicos y sociales debajo del brazo, pero por primera vez se entendía nítidamente su valor supremo: se trataba de un método racional y pacífico para la toma de decisiones colectivas, y en eso radicaban sus méritos. La democracia, como método, siempre era buena. Las decisiones, en cambio, podían ser buenas, malas o peores, en consonancia con la calidad y la cantidad de información que poseyeran los electores, o en virtud de los valores prevalecientes en el grupo, pero al método no era posible descalificarlo. Decir que la democracia no era buena para los latinoamericanos era decir que la aritmética, la paz y la racionalidad no se ajustaban a nuestra naturaleza síquica. Al fin y al cabo, así se gobernaban las veinte sociedades más prósperas y estables del planeta. Por primera vez en casi dos siglos de establecidas las repúblicas latinoamericanas, el valor del método democrático se convirtió, al fin, en una idea mayoritariamente compartida, mientras se debilitaba la inmadura confianza en los “hombres fuertes” o en los caudillos providenciales, como hasta ahora había sido la norma en nuestra cultura autoritaria y en prácticamente las tres cuartas partes del planeta.

Más aún: decididos a mantener las formas democráticas, numerosos países del mundo hoy se asocian ventajosamente en diversas federaciones, pero excluyendo expresamente de sus organizaciones internacionales a quienes renuncian a los métodos democráticos. Ningún Estado puede pertenecer a la Unión Europea, a la OEA o al Mercosur, y —lo menos en la letra

impresa de los acuerdos tomados— ni siquiera al Pacto Andino o al Grupo de Río, si su gobierno no es el resultado de unas elecciones abiertas y plurales. Ya no está, pues, de moda la idea de que existía algo así como un benevolente autoritarismo que le confería legitimidad a los “hombres fuertes” de antaño —llámense Perón, Getulio Vargas, Velasco Alvarado o Fidel Castro— para establecer el reino de la justicia social y la felicidad colectiva con la punta de las bayonetas.

Lo que nos lleva de la mano a otra rigurosa idea de nuestro tiempo, extraída de la experiencia viva tras muchas décadas de gastos onerosos, corrupción y fracasos económicos: las privatizaciones de los bienes públicos que se llevan a cabo en todas las latitudes, consecuencia de la creencia, mil veces verificada en la realidad, de que es a la sociedad a quien corresponde la tarea de crear riqueza. Y no porque lo establezcan los dogmas del “pensamiento único”, como suelen afirmar acusatoriamente los enemigos de la propiedad privada, sino porque los empresarios cumplen esta tarea más eficazmente que los funcionarios del Estado, porque el resultado de esta gestión privada termina por ser mucho más equitativa, y porque beneficia al conjunto de la sociedad y no sólo a quienes poseen los bienes de producción, como torpemente creían los marxistas.

Uno tras otro, todos los Estados contemporáneos, obesos y paralizados por décadas de prácticas estatistas, con mejor o peor fortuna han procedido a transferir a la sociedad la mayor parte de los activos que antes poseían y gerenciaban directamente. Así ha ocurrido en Inglaterra y en Francia, en España y en Argentina, en Chile, en México o en el Perú. Unas veces esas privatizaciones se han hecho de manera turbia, enriqueciendo ilegalmente a unas cuantas personas deshonestas en el camino; otras, se ha sucumbido a la falacia de los “monopolios naturales”, impidiendo una saludable competencia, pero en todos los casos ha habido un ganador neto: el usuario del servicio privatizado o el

comprador del producto final. Ese usuario, en general, ahora dispone de mejores servicios y mercancías, y, con frecuencia, a mejores precios que en el pasado.

Eso quiere decir que el ciudadano ha conquistado otra manera de comparecer ante la sociedad y ante el Estado. Ahora es algo de lo que muy poco se hablaba hace apenas unos años: ahora es un *consumidor* que tiene y exige derechos, ahora posee una identidad ubicua, porque todos somos siempre y a toda hora consumidores de algo. De donde ha surgido un concepto que amplía y dignifica la idea democrática: hoy se habla de la *soberanía del consumidor*. Esto es, de una persona que elige con su dinero, libremente, aquello que le da satisfacción, y que no acepta de buen grado que sus decisiones las tomen unos políticos o unos burócratas, por muy bien intencionados que se declaren, porque si algo sabemos con toda precisión en esta época realista y sin ingenuidades de fin de siglo es que las motivaciones psicológicas de los empleados del sector público son exactamente iguales a las del resto de los seres humanos: persiguen sus propios fines, desean poder y prestigio, no suelen ser cuidadosos con los bienes ajenos, especialmente si no existe una permanente auditoría sobre la gestión que realizan, y no tienen una mayor pulsión altruista que el resto de las gentes corrientes y molientes.

El consumidor soberano sabe, además, que para poder ejercer sus derechos, le conviene la existencia de un mercado libre, sin trabas ni subsidios, porque cada privilegio que se le asigne a una persona o a un grupo poderoso, o cada barrera que se introduce en beneficio de alguien o de un sector preferido, acaba por convertirse en una distorsión de todo el sistema de precios y costos, encareciendo y envileciendo el producto o el servicio que desea adquirir en las mejores condiciones posibles. El consumidor soberano ha descubierto que las intervenciones en el mercado, esas correcciones artificiales, casi siempre son más perjudiciales que el mal que se pretendía aliviar. No ignora, tampoco, que el mercado es

imperfecto, porque las personas no siempre toman las decisiones adecuadas en el terreno económico, pero ha aprendido que los políticos y funcionarios, personas falibles al fin y al cabo, no tienen por qué acertar con mejor tino o con mayor frecuencia que los agentes económicos de la sociedad civil.

Ese consumidor soberano tampoco se asusta, como sucedía hasta hace unos pocos años, cuando le advertían que el mercado, dejado a su libre arbitrio, generaba *perdedores*. Ese consumidor, mucho más educado que antaño, sabe, en efecto, que ciertos productores incompetentes, poco innovadores, efectivamente, suelen ser castigados por el mercado, y hasta pueden desaparecer, perdiéndose con ellos los puestos de trabajo que mantenían, pero ha aprendido que asignar recursos para sostener una operación ineficiente destruye ahorros y detrae capitales que serían más útiles en otras zonas de la producción, generando daños mucho mayores que aceptar que quienes no satisfacen a los consumidores sean arrollados por el dinamismo de los más competentes. Eso no es *darwinismo económico*, como demagógicamente se ha dicho, sino puro sentido común. Es lo que Joseph Schumpeter, el economista austriaco —un liberal derrotista y sabio— llamaba la *destrucción creadora*. *Destrucción creadora* que asegura, además, la saludable existencia de una tensión competitiva. Cuando no hay riesgo de fracasar, el estímulo para superarse es muy débil. Y donde no hay competencia se atasca totalmente la maquinaria del progreso: ese afán por innovar, por crear cosas cada vez más eficientes, o más rápidas, o más confortables, categorías que de alguna manera definen eso a lo que llamamos progreso.

No hay duda de que el hombre de fin de siglo, si está bien enterado, si ha sabido extraer lecciones de la realidad, entiende mucho mejor cómo se crea la riqueza o cómo se malgasta. Por eso tampoco abriga demasiadas ilusiones en relación con las intenciones de los políticos. Los ha visto

hacer cosas terribles con los recursos de la comunidad. Los ha visto, a veces, en casos extremos, apoderarse de lo que le pertenece a la sociedad, de lo que la sociedad ha pagado por medio de los impuestos. Y los ha visto, con demasiada frecuencia, emplear esos dineros en comprar conciencias durante los períodos electorales, en subsidiar a los amigos que financiaron las campañas políticas y en mantener satisfechos a sus partidarios.

Uno de los grandes economistas de este siglo, James Buchanan, obtuvo el Premio Nobel, precisamente, por demostrar la incidencia económica de las decisiones políticas. Cada acto público cuesta. Esa es una verdad de Pero Grullo que suele olvidarse. Y de la escuela de la “Elección Pública”, o de Virginia, la de Buchanan y otros notables economistas, surge, más que una idea, una especie de silogismo ya incorporado al pensamiento moderno: como los actos públicos cuestan, nos cuestan, la responsabilidad de la sociedad es vigilar constantemente esas erogaciones, proponer medidas que dificulten o hagan imposibles el dispendio —límites constitucionales al endeudamiento, por ejemplo—, y exigir que el dinero se emplee, realmente, en beneficio de la comunidad y no de la secta adicta al gobernante de turno. Hay que entender exacta y correctamente las relaciones de poder: en las sociedades modernas racionalmente organizadas, los políticos reciben un *mandato* no una *carta blanca*, y es a la sociedad a quien corresponde vigilar al gobierno, y no al revés, que es, con frecuencia, como perversamente suele suceder.

Eso quiere decir que Buchanan y su escuela de investigadores han refinado un viejo concepto para beneficio del pensamiento moderno. Ya aceptamos, melancólicamente, que no hay, en realidad, *bien común*. No hay actos de gobierno que nos benefician a todos de igual manera. El necesario puente que une a dos ciudades situadas en riberas opuestas es siempre la necesaria escuela que no se hizo o el necesario hospital que no pudo

reconstruirse por falta de recursos. Y hoy sabemos, además, que no vivimos en medio de una comunidad de arcángeles altruistas, sino de seres humanos en los que cohabitan buenos y malos instintos, buenas y malas actitudes. Y como humildemente conocemos y aceptamos nuestra naturaleza falible y egoísta, debemos equilibrar esas debilidades proponiendo siempre medidas neutrales y abstractas que no puedan ser utilizadas en beneficio de los más poderosos o de los más influyentes, así como un implacable sistema de control y auditoría de los actos públicos. Esa es la equidad posible. La otra, la que surge de la bondadosa subjetividad de las personas, conduce, casi siempre, a la injusticia y al agravio comparativo.

¿Qué más han averiguado el hombre y la mujer modernos de este milenio que termina? Se han afianzado, por ejemplo, los *institucionalistas*. Douglas North, también Premio Nobel, estudió cuidadosamente la historia de los países más prósperos, y encontró que donde se garantizaban los derechos de propiedad, con leyes claras y tribunales razonablemente eficientes, solía repetirse el fatigoso proceso que conducía a la creación de riquezas. En esos ambientes protegidos por el Estado de Derecho, las personas podían trabajar, ahorrar e invertir, sin temores a que los actos arbitrarios de los gobiernos los despojaran de las riquezas acumuladas. Esa atmósfera de seguridad jurídica era básica para estimular una de las más importantes cualidades de las personas creadoras de riqueza: la pulsión moral que los lleva a restringir los gastos, a privarse de satisfacciones inmediatas a cambio de la promesa de alcanzar en el futuro una mayor recompensa material para ellos y para sus descendientes. Y eso sólo podía existir en verdaderos Estados de Derecho, porque en los otros, en los que viven sometidos a la acción imprevisible y caprichosa de los “revolucionarios”, o de los gobernantes iluminados e “insustituibles” —esas personas persuadidas de que saben mucho mejor que el resto del género humano cómo encontrar la felicidad de los otros, y que se creen éticamente superiores a la sociedad en la que

viven—, son, sin embargo, como resultado de estas actitudes, los mayores creadores de inestabilidad y pobreza que registra la historia. ¿Por qué privarnos hoy de gastar y consumir si no sabemos si mañana vamos a ser arbitrariamente privados de los bienes que tenemos? ¿Cómo vamos a planear a largo plazo —factor clave del desarrollo— si nuestra existencia está marcada por el sobresalto y la inesperada contingencia? ¿Cómo asombrarnos de que las personas razonables que viven en Estados en los que el Derecho significa muy poco envíen sus ahorros a Suiza, a Londres o a Miami, en busca de protección para sus capitales, privando a nuestros países de esos indispensables recursos? Esos capitales van a la busca de Estados de Derecho. Van a guarecerse de los gestos abruptos de los revolucionarios o de los gobernantes que se colocan por encima de las instituciones, actos generalmente dictados a nombre de la justicia social —qué duda cabe—, esa justicia redistributiva preconizada por los revolucionarios, y que invariablemente acaba redistribuyendo la pobreza entre un número creciente de personas desesperadas.

¿Quiénes son estos patéticos personajes consagrados a hacer el bien y lograr el mal? Quiero decir: ¿quiénes son estos voluntarios revolucionarios? Esa pregunta, formulada de otra manera, se la hizo Hayek —antes se la había hecho Burke con parecida intuición—, y llegó a una conclusión que hoy forma parte de las percepciones convencionales del pensamiento moderno: son quienes padecen lo que el economista y jurista austriaco llamaba la *fatal arrogancia*. Son esas personas que creen saber lo que a la sociedad le conviene producir y lo que le conviene consumir mucho mejor que el mercado. Son esas personas convencidas de que están dotadas por los dioses o por los conocimientos infusos obtenidos de sus ideologías para guiar a sus conciudadanos hacia la tierra prometida, aunque tengan que hacerlo a latigazos y con el auxilio de perros guardianes, porque parece que no hay otra forma de mover a los rebaños en busca de destinos no solicitados.

Esas personas, poseídas de su *fatal arrogancia*, invariablemente acaban convirtiéndose en verdugos de sus prójimos, pues son incapaces de entender lo que con toda claridad hoy comprenden las personas instaladas dentro de una cosmovisión realmente moderna: que no se conoce un orden social más justo que el que espontáneamente emerge de las decisiones de millones de personas poseedoras cada una de ellas de una particular información que nadie puede abarcar totalmente, y que les sirve para alcanzar sus objetivos particulares. Estos arrogantes revolucionarios, o los caudillos iluminados, no entienden que es una insensatez intentar sustituir ese prodigioso proceso de cambio y creación de un orden espontáneo con la esquelética propuesta surgida desde la buena voluntad de los tiranos benévolos o de los grupos misteriosamente ungidos por una ideología salvadora.

Las ideologías —y ahí está Popper para hacernos llegar sus esclarecedoras conclusiones— nunca podían acertar, porque se originaban en un error intelectual primigenio: suponer que la historia era una especie de flecha lanzada en una dirección previsible y a una velocidad calculable. El historicismo era eso: entender la aventura del bicho humano como un relato lineal con su comienzo, su nudo y su desenlace, y suponer, además, que los ideólogos, especialmente los que provenían de la cantera marxista, conocían de antemano el argumento del relato y su final necesariamente feliz.

Pero ¿no hay, acaso, en el pensamiento de Hayek, de Popper, de Buchanan, también una “ideología”? ¿No conforman algunas de las ideas hasta ahora apuntadas esa suerte de “pensamiento único” que denuncian los enemigos de la “sociedad abierta”? Por supuesto que no. Si observamos con detenimiento las ideas centrales del pensamiento moderno, enseguida se comprueba que no proponen un punto de llegada ni un modelo final de sociedad, no sólo porque no los conocen, sino porque deliberadamente se niegan a tratar de proponerlos. Todo lo

que los pensadores liberales proponen y prometen es abrir cauces de participación para que las sociedades, libre y espontáneamente, con sus actos, vayan definiendo el presente y señalando el futuro que deseen explorar. Puede haber marchas y contramarchas. Puede haber avances laterales o retrocesos, si de lo que se trata es de medir niveles de prosperidad o de paz. La historia es un campo abierto, y lo que tiene de venturoso es, precisamente, su carácter impredecible.

Naturalmente, los enemigos de las sociedades libres y abiertas suelen condenarla con una frase sacada de las fábulas clásicas de Esopo: esa libertad es la que el zorro quiere para moverse a sus anchas en el gallinero. Esto es, para privar de sus bienes a los infelices que no saben defender sus intereses y necesitan de un hermano mayor que lo haga por ellos y les sirva de escudo protector. Felizmente, el pensamiento moderno ha liquidado esta falacia con una experiencia que comienza a ser incontestable: desde hace más de quince años funcionan en Chile las AFP, esos fondos mutuos de inversiones en donde los asalariados colocan sus ahorros. Hasta ahora el rendimiento promedio de esas cuentas excede el once por ciento anual, y sus poseedores van acumulando una impresionante masa de ahorros que ya sobrepasa los cuarenta mil millones de dólares, dinero que seguramente les asegurará una vejez tranquila y notablemente provista de recursos.

En Chile —como en Estados Unidos, donde hay 45 millones de personas que poseen acciones en la Bolsa— el mercado ya no es sólo para los zorros, sino también para las gallinas. Y si hay sobre la tierra una institución verdaderamente revolucionaria esa no es, por supuesto, el Comité Central de algún anquilosado partido comunista, sino el electrizante mercado bursátil, con sus gritos nerviosos, donde comparecen día a día miles de productores con su imaginación y sus innovaciones para

proponernos que los acompañemos en sus ilusionadas aventuras económicas.

Con la revolución de las AFP —una idea y una carpintería institucional latinoamericanas fundamentalmente concebidas por José Piñera en Chile— se puso fin —y ya era hora— a la superstición de las cajas de retiro creadas para el reparto solidario, en las que los asalariados, en nombre de la justicia social, eran despojados de sus ahorros de dos maneras igualmente repugnantes: por una parte, los privaban de los legítimos intereses a que podían aspirar en el mercado, y por la otra, la inflación, generada por el manejo irresponsable de la emisión de moneda, se encargaba de destruir el valor del signo monetario en que habían ahorrado. Estos asalariados, al llegar a la vejez, cuando más lo necesitaban, recibían unas pensiones miserables con las que apenas podían mantenerse. ¿Qué se aprendió de esta experiencia chilena? Que no hay nada más saludable que alentar en los ciudadanos el sentido de la responsabilidad individual y familiar. Que todo adulto debe tomar sus precauciones para cuando llegue la hora de la vejez, pues la experiencia ha demostrado que dejarle esa tarea al Estado puede ser muy peligroso. Que nadie va a cuidar nuestros ahorros mejor que nosotros mismos. Y se aprendió que los beneficios de la asombrosa vitalidad del capitalismo pueden alcanzar a las grandes mayorías, convirtiéndolas en accionistas, en poseedoras de capital, lo que sin duda reduce la conflictividad laboral, multiplica los lazos que unen a la sociedad y aumenta exponencialmente el ahorro disponible para el desarrollo colectivo.

La simple cuenta aritmética se encargaron de hacerla en la revista *Society*, publicada por *Transaction* en Rutgers University, sólo para ilustrar el impacto del ahorro combinado con el milagroso efecto del interés compuesto a largo plazo: un universitario norteamericano promedio, que comience a trabajar a los 22 años y se retire a los 65, y que reciba a lo largo de su vida profesional un salario promedio, si es capaz de ahorrar el 10% de su salario, y lo coloca en el mercado de valores, en el momento de su

jubilación, estimando que la Bolsa ha reiterado el comportamiento promedio de los últimos setenta años, ese prudente y metódico ciudadano va a recibir un cheque de casi cuatro millones de dólares. Una suma más que suficiente para asegurarle una vejez espléndida, y para transmitirles a sus descendientes un buen capital con el cual afrontar el futuro con ademanes optimistas.

El ejemplo descrito —como habrán advertido— contenía un elemento nada inocente. El sujeto de nuestro sencillo cálculo actuarial era un “graduado universitario”. El dato es importante. Gary Becker, otro pensador contemporáneo galardonado por los suecos, lo demostró con creces en *The Economic Approach to Human Behavior*: el capital humano es uno de los factores básicos en la ecuación del éxito económico. Es fundamental la formación académica de la persona, junto a este aspecto, son vitales los valores, actitudes y creencias con que esa persona se enfrenta a la tarea de crear riquezas para su disfrute y para conveniencia de la comunidad.

Los economistas clásicos solían mencionar capital, trabajo y tierra como los elementos básicos que se combinaban en determinadas proporciones y producían diversos resultados, pero rara vez ponían en la balanza los factores culturales para tratar de explicar el éxito o el fracaso de los pueblos. Hoy, sin embargo, gracias al trabajo de *culturalistas* como Becker o Harrison, sabemos que este elemento elusivo y vaporoso, a veces incómodo, casi siempre “políticamente incorrecto”, contiene los códigos de muchos fracasos y de unos pocos triunfos.

Hace pocas fechas, en un reciente viaje a Guatemala, pude comprobar cuán acertados son estos enfoques culturalistas, hoy patrimonio del pensamiento moderno. En ese país, de la mano del sociólogo indígena Estuardo Zapeta, joven profesor de la Universidad Francisco Marroquín, tuve noticia de lo que acontece entre los mayas cachikeles, uno de los grupos más populosos de cuantos integran la veintena de etnias procedentes del tronco

mayense que constituye la mitad de la población guatemalteca.

En Guatemala, como en toda Centroamérica, pero quizás con mayor vigor que en ningún otro país de la zona, los protestantes denominados *evangélicos* han conquistado las emociones religiosas de una parte de la sociedad que —según algunos— se sitúa en la vecindad del cincuenta por ciento del censo. Y, aparentemente, entre los indígenas esa penetración es muy enérgica y está localizada en ciertas zonas en las que la propagación de la nueva fe, o la propagación de una nueva versión de la vieja fe —para el caso es lo mismo—, ha llegado muy nítidamente a unas comunidades y no a otras, permitiendo establecer con cierta facilidad los contrastes que se presentan. Esto sucede entre los cachikeles. Hay algunas comunidades que se han hecho evangélicas y otras que permanecen dentro del catolicismo, entreverado, como allí es costumbre, con sus ancestrales prácticas religiosas precolombinas.

Pues bien: Zapeta y otros investigadores sociales han podido comprobar algunos fenómenos que recuerdan las viejas hipótesis formuladas por Max Weber a principios de siglo. Los indígenas cachikeles son notablemente más prósperos que sus coterráneos católicos. ¿Acaso, como pretendía Weber, por los valores intrínsecos del calvinismo? No exactamente: es la consecuencia de ciertos comportamientos asentados en la cultura como resultado de la conversión a un nuevo y muy demandante credo. Los cachikeles evangélicos no beben. Esto los hace ser más responsables en el trabajo y aumenta su capacidad de ahorro. Los cachikeles evangélicos no suelen cometer adulterio, de donde se derivan familias más estables. Los cachikeles evangélicos no roban, y ello les genera más oportunidades de trabajo, pues sus empleadores, aunque sean católicos, aprecian notablemente esa virtud, especialmente si se presenta entre sus trabajadores. Los cachikeles evangélicos cuentan, además, con una Iglesia que funciona como un circuito general de apoyos mutuos.

Hay, por lo tanto, más oportunidades de superar los escollos y se multiplican las oportunidades de mejorar la situación económica.

La conclusión que se deriva de esta anécdota es obvia: como bien saben las personas que han conseguido instalarse en el pensamiento moderno, el desempeño económico de los pueblos y la paz social de que disfruten van a estar en total consonancia con la cantidad y la calidad del capital humano que posean.

Este dato es vital para señalarnos dónde la sociedad debe hacer un esfuerzo extraordinario si efectivamente quiere alcanzar un lugar prominente en el mundo: tiene que poner el acento en mejorar su capital humano. Tiene que educar más y mejor. ¿En qué fase? Fundamentalmente, en los primeros años, en el periodo formativo, cuando se forja el carácter, se incorporan ciertas pautas de comportamiento y se adquieren las destrezas sobre las que luego edificamos unas complejas formas culturales.

Si a los niños los enseñamos a ser ordenados, a fijar metas y a cumplirlas, a ser puntuales, justos, respetuosos de la autoridad, tolerantes, responsables, intelectualmente curiosos; si los premiamos cuando se esfuerzan y les enseñamos la legitimidad que se deriva de una jerarquía basada en los méritos; si los adiestramos para que aprendan a votar y a tomar las decisiones colectivas de manera pacífica; si los urgimos a cumplir reglas justas y los aplaudimos cuando a ellas se atienen —el *“fair play”* que dicen en inglés—, estaremos aumentando exponencialmente la riqueza de la colectividad, tan pronto como esas criaturas se asomen al mundo de trabajo. Es exactamente eso lo que se deriva de las investigaciones de los culturalistas.

Y este hallazgo tiene, además, un carácter universal que vale la pena que tengamos en cuenta porque, como ya nadie ignora, vivimos en un mundo que tiende a uniformar los objetivos de las disímiles partes que lo conforman, lo que

necesariamente tiende a unificar los medios de alcanzarlos. Si definimos la calidad de la vida a que aspiramos por viviendas confortables, electrodomésticos eficientes, métodos de locomoción rápidos y seguros, alimentación apetitosa y nutritiva, ciudades cómodas y limpias, con bajas tasas de criminalidad, sistemas sanitarios modernos, extendidos y bien dotados, tenemos que producir la cantidad de riqueza que se requiere para poder obtener esos bienes y servicios, y esto es algo que sólo se puede lograr mediante un constante aumento de la producción y la productividad.

Naturalmente —y esto es algo casi axiomático dentro del pensamiento moderno—, tanto para lograr los objetivos descritos como para contar con los medios necesarios es fundamental que nos insertemos sin temores en esa globalización con que algunos agoreros nos quieren quitar el sueño. Ahí fuera es donde están los capitales, el *know how*, los mercados de escala, las técnicas de comercialización, los modelos de desarrollo que deben imitarse, y los mecanismos para transferir y recibir la ciencia y la tecnología en períodos sorprendentemente breves. Y nadie debe avergonzarse de buscar en otras latitudes el modo de hacer las cosas correctamente, como puede comprobar cualquiera que se asome a la asombrosa historia de Japón a partir de mediados del siglo XIX. Pero no son los japoneses los únicos que han sabido beneficiarse de la globalización: también en el siglo pasado los alemanes buscaron en Inglaterra los secretos de la industrialización, y si hoy Estados Unidos tiene las mejores escuelas de Medicina del planeta es porque copiaron deliberadamente, y sin el menor recato, el modelo médico alemán de enseñar esta disciplina.

A los europeos del medioevo les tomó 500 años comenzar a producir papel en cantidades industriales mediante la lenta difusión de una técnica desarrollada por los chinos y transmitida por los árabes, pero a los coreanos sólo les tomó 20 años fabricar automóviles en su remota península, y colocarlos en el otro extremo del planeta. Hoy

sabemos, gracias a los ejemplos de Taiwan, Singapur, Corea y Hong Kong —aunque provisionalmente atraviesen por un período de crisis financiera del que, felizmente, parecen estar saliendo—, que en el curso de una generación es posible pasar de la pobreza a la riqueza, del cuarto mundo al primero. Y eso se logra integrándose en los grandes flujos económicos y científicos del planeta, abriendo nuestras economías a la competencia y a la colaboración, y admitiendo sin sonrojo el liderazgo de los grandes núcleos de civilización donde hoy radican el corazón y el cerebro de nuestra cultura.

¿Cuál es, en suma, la idea cardinal que domina el pensamiento moderno a las puertas del tercer milenio? Básicamente, la idea de la libertad, unida a la certeza de las enormes ventajas que se derivan de un tipo de organización de las relaciones de poder en donde la autoridad, el control y la iniciativa radiquen primordialmente en la sociedad civil. Libertad política para crear las instituciones adecuadas y para protegernos de los arrogantes ideólogos que quieren indicarnos cómo tenemos que vivir nuestras vidas, en lugar de dejarnos escoger la manera que nos parezca más útil y feliz sin afectar los derechos de las otras personas a buscar exactamente los mismos objetivos.

El siglo xx que ahora termina ha sido, en efecto, un periodo bárbaro de horribles matanzas y de siniestras dictaduras totalitarias. Pero, en medio de ese terrible panorama, algunos descollantes pensadores han sabido buscar bajo los escombros para legarnos unas cuantas ideas cardinales con las que ahora cruzaremos el umbral de un nuevo milenio. Es nuestra responsabilidad mantener la vigencia de esa herencia intelectual, enriquecerla y transmitirla a nuestros descendientes. Para eso, precisamente, nos ha convocado hoy la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC). Esa es nuestra más urgente tarea.

Comentarios

Max Hernández

Quiero empezar agradeciendo a la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas, en la persona de su director general Luis Bustamante, por esta invitación y por haberme permitido conocer personalmente a Carlos Alberto Montaner, a quien conocía a través de su trabajo periodístico y de su apasionada defensa de la libertad. Ha sido, y es para mí, un gusto compartir esta reunión con ustedes.

Creo que en un comentario es esencial proponer no solamente las coincidencias, sino también las diferencias. Por ello, voy a empezar diciendo que nos ha presentado lo que desde mi perspectiva podría nominar una visión de los valores de la cultura liberal a la luz de una reflexión cercana a la experiencia histórica y que toma muy en cuenta las dimensiones y los factores culturales.

Para facilitar mi comentario, voy a dividir la presentación de Carlos Alberto Montaner en cinco o seis puntos. El primero consiste en una defensa radical de los derechos humanos. Para ello, nos ofrece un par de ejemplos importantes: el primero, la decisión de la OTAN de bombardear Serbia para detener el horror de la limpieza étnica y para promover el gobierno autónomo de los albanos-kosovares. Para muchos pensadores, esa decisión de la OTAN implica un cambio radical en la concepción histórica de estos días. Yo estoy muy de acuerdo con eso.

El discurso de Vaclav Havel ante el Parlamento canadiense lo dice admirablemente: por primera vez en la historia de la humanidad los derechos de los individuos toman precedencia sobre los derechos de los Estados vigentes. Por primera vez, tal vez, como nos dice Montaner, la frase dicha al margen de todo cinismo y con la meridiana claridad de la *Real Politic* por Lord Gladstone: “Las naciones

no tienen principios, solamente intereses”, parece haber sido puesta en cuestión.

Si bien esto es absolutamente cierto, se han planteado desde diversos sectores —y no siempre en discursos delirantes o confusos— algunas reservas contra esta extensión universalista de los derechos humanos. Y acá no estoy planteando mi posición personal, sino que estoy tratando de plantear, al lado de la propuesta, algunas de las críticas más lúcidas a esta extensión universal de los derechos humanos por vía de una decisión tomada por un grupo de fuerza, como es el grupo de la OTAN.

Hace muy poco tiempo Miguel Giusti, profesor de Filosofía de la Universidad Católica, presentó en Lima un interesante libro donde discutía los problemas éticos a la luz de la modernidad. El libro produjo en algunos defensores de los derechos humanos una suerte de respuesta crítica no exenta de virulencia. Lo que decía Miguel Giusti, a quien conozco bien y sé de su compromiso irrestricto con la defensa de los derechos humanos, es que la expansión de los derechos humanos por vía de la fuerza implicaba dos problemas: el primero, que debajo de la noción de derechos humanos subyace una concepción individualista y operativa. Concepción con la cual yo estoy de acuerdo, pero no tengo que suponer que el conjunto de los habitantes del planeta debe estarlo; porque para alcanzar la posibilidad de tener un discurso individualista y operativo, tengo que haber tenido la suerte de haber vivido en una sociedad que permita mi desarrollo como individuo y permita también el desarrollo de mi capacidad discursiva en términos operativos.

Pero también existe un segundo problema: el que surge cuando un principio asume la forma de norma jurídica implantada por la fuerza. Como sabemos, toda norma jurídica es históricamente contingente, depende de una decisión, casi siempre, de poder y está situada dentro de un conjunto específico de circunstancias que arrebatan

a dicha norma su propia aspiración universalista. Creo que estos dos puntos deben ser tomados en cuenta. Estamos viendo con bastante claridad que, conforme avanza esa fuerza homogeneizadora y universalista, surgen con la misma fuerza resistencias étnicas y culturales. No todas tienen la forma arrogante y brutal de la limpieza étnica de los serbios, sino, a veces, la humildad de determinados sectores que están viendo que sus formas de vida están siendo arrasadas por algo inexplicable cuyos defensores suelen reclamar además una inmensa y plena superioridad étnica.

Luego de discutir el asunto de los derechos humanos, Carlos Alberto Montaner nos habla del rol de la empresa y de la gestión privada en la creación de riqueza. Yo creo que es una lección que ha sido claramente aprendida; es decir, creo que hay muy pocas personas que podrían oponerse a esta constatación de la realidad de los últimos tiempos. También nos dice que el juego del mercado libre es el mejor generador de recursos y probablemente el más equitativo y el más capaz de beneficiar al conjunto de la sociedad. No sé si esto sea así. Tal vez esa lección no está tan bien aprendida o tal vez las evidencias de ello sean menos contundentes. En todo caso, lo que sí ha sido aprendido es que con la macroeconomía no se juega.

Sin embargo, el punto que merece cierta distancia crítica de mi parte es cuando Montaner desliza una suerte de homología entre el usuario, el consumidor y el ciudadano para decirnos, a renglón seguido, que acabada la soberanía nacional lo que la reemplaza es la soberanía del consumidor: el consumidor soberano. Me imagino que el consumidor soberano debe tener una soberana cantidad de dólares en el bolsillo para que su acción de soberana elección tenga alguna significación de libertad en el mercado de bienes y servicios.

Evidentemente, se me dirá que la creación de riqueza permitirá que esto ocurra en el futuro. Pero lo que quiero subrayar es que deslizar una casi identidad entre las

funciones económicas del usuario y del consumidor y la función social de ciudadano lleva a problemas conceptuales bastante importantes. Son problemas bastante importantes porque creo que estamos viviendo en todo el mundo una situación de transición y estamos tratando de apuntar a perspectivas que la puedan facilitar y no entorpecer nuestra comprensión de las mismas.

Nos dice Carlos Alberto Montaner, también, que la noción de darwinismo social que utilizan algunos críticos de la economía de libre mercado debe ser sustituida por una noción menos dramática y menos aterradora, que es la noción de destrucción creadora. No dudo de la existencia de una destrucción creadora, pero curiosamente la idea también estaba presente en el Manifiesto Comunista y también más de una ideología totalitaria ha apelado también a la destrucción creadora. Entiendo que Montaner se está refiriendo a un sistema donde la competencia es libre y en el que, evidentemente, van a haber ganadores y perdedores. Pero creo que hay que tener cuidado con la frase que puede prestarse a usos que en todo caso a mí me producen un cierto grado de inquietud.

El tercer punto del que nos habla es el de la existencia de esa suerte de iluminados, predestinados, salvadores de la patria, cruzados míticos que han poblado nuestro quehacer político o, diría yo, el quehacer político de la humanidad hasta hace muy poco tiempo. Yo guardo frente a ellos, probablemente, el mismo disgusto y rechazo que guarda Carlos Alberto Montaner, pero tenemos que preguntarnos: ¿qué ocurre con las estructuras mentales y sociales de las sociedades que encuentran necesario entregar su proyecto político a estos salvadores de la patria, a estos predestinados, a estos iluminados? Es decir, ¿por qué se renunció a la soberanía individual en aras de otorgar a un rey, a un príncipe, a un caudillo, a un jefe mesiánico, la voluntad del conjunto al cual este sujeto decía que pretendía representar?

También Montaner alude a la idea de Hayek de esa fatal arrogancia que afecta a las personas que creen que saben mejor que uno lo que uno quiere y, por lo tanto, pueden hacer con uno lo que uno supuestamente no sabe hacer, porque ellos lo saben mejor que uno y lo van a conducir adonde uno debiera ir si supiera realmente lo que quiere, pero que lamentablemente no lo sabe. Yo ejerzo un oficio bastante humilde, el oficio de psicoanalista. Al hacerlo, uno aprende desde el primer momento que uno no sabe qué es lo que tiene el paciente. El paciente viene donde el analista porque cree que el analista sabe. Lo único que sabe el analista es que el o la paciente sabe lo que le pasa, sólo que no sabe que sabe por qué le pasa lo que le está pasando. Se trata de una especie de mayéutica tardía, de un proceso al estilo socrático que permite al otro revelar sus propias ideas.

También mi trabajo hace que no olvide otra fatal arrogancia: la arrogancia que sentimos con respecto a nuestras propias potencialidades. Esta arrogancia, que ya no es arrogancia de una persona, es la arrogancia de una visión del mundo que cree, por ejemplo, que hay que “conquistar” la genética manipulando, a través de la ingeniería genética, una serie de cosas que pueden atentar contra la definición de los valores más radicalmente humanos. No estoy planteando, para nada una oposición a la investigación científica. Apenas estoy planteando que hay en todo ello problemas éticos de enorme importancia.

El otro tema que plantea Carlos Alberto Montaner es la importancia del capital humano y de la cultura. Capital humano y cultura tienen que hacer con la extensión y el desarrollo de la educación, con la facilitación del conjunto de instrumentos conceptuales que permitan cada vez más a un mayor número de ciudadanos hacer opciones valiosas, significativas, que mejoren su rendimiento pero también su solidaridad.

Por último, nos insta a que nos insertemos sin miedo en el universo de la globalización. Estoy de acuerdo en que

hay que hacerlo, así no fuera por otra razón que nos es imposible evitarlo. Pero lo que plantea Carlos Alberto Montaner es que lo hagamos —y cito textualmente— “aceptando el liderazgo de los grandes núcleos de civilización”.

¿Debemos pensarlo así, desde un país como el nuestro, el Perú, un país premoderno en tantísimos aspectos, que pugna por insertarse en la modernidad cuando algunos pensadores de la modernidad nos están diciendo que ésta se está terminando; es decir, cuando llegamos un poco tarde a la cita?

Me pregunto si más bien no podríamos pensar en la metáfora que empleó Octavio Paz cuando, en la Feria del Libro de Frankfurt, disertó sobre la literatura mexicana. Miguel Giusti la usó como título para su libro. Paz decía, refiriéndose a la literatura mexicana, que ésta demostró siempre, a la par que un anhelo de universalidad, una profunda vocación particularista, local, andada en lo ancestral tenía por un lado, alas para volar en el universo, por otro, raíces para afirmarse en el suelo.

Creo que uno de los retos más importantes que plantea la globalización, y no sólo para nosotros, es de qué manera la globalización pueda ser un proceso que enriquezca la pluralidad de maneras de vivir, de concebir la existencia y de situarse frente a la vida y frente al mundo. Ciertamente es asunto de una inmensa complicación y si yo, como probablemente todos nosotros, prefiero vivir en una casa cómoda y comer en restaurantes y buscar un buen cuidado para mi salud, yo no sé si mi manera de entender la vida es superior a la de un shipibo, a la de un gitano nómada o a la de un africano que tal vez tiene que mantenerse pescando con una caña fabricada por él mismo.

Creo que, frente a eso, en un país como el nuestro, el Perú, plural, diverso, complejo, difícil; en un país donde bajo el pretexto de los supremos intereses nacionales se

han hecho cosas lamentables, una afirmación tan dura como la de Carlos Alberto de que no existe el bien común es preocupante y cuestionable.

Pienso que tiene razón cuando dice: “No me vengan con que hacer este pueme es para el beneficio de todos y para el bien común”, pero desaparecida súbitamente la hegemonía de la noción de Estado-Nación y aún no construida una propuesta de orden internacional perfectamente respetable, tal vez los Estados de naciones pequeñas tengan que repensar la noción del bien común, incorporando a esta noción del bien común los derechos inalienables de cada ciudadano, la libertad irrestricta de cada uno de ellos. Una libertad que incluye la libertad económica, pero que, ciertamente, la trasciende largamente.

Muchas gracias.

Felipe Ortiz de Zevallos

Buenas noches. Carlos Alberto Montaner es un ensayista que tiene un don no muy común: el de plantear ideas profundas en un tono coloquial y poco solemne. Salvador Madariaga decía que la responsabilidad principal de un periodista es la de actuar como un historiador del presente y eso es lo que Carlos Alberto ha hecho esta noche: historiar el presente, historiar nuestro presente. La coincidencia que tengo con lo esencial de su argumentación ha incrementado más mi disfrute.

Yo creo que a las puertas del tercer milenio todos nos preguntamos: ¿qué podemos proyectar para el futuro? ¿Le haremos frente, en la vida, al mismo juego que en el pasado? ¿Al mismo juego con las mismas reglas? ¿O tal vez al mismo juego con reglas distintas? ¿O tendremos por delante un juego totalmente distinto?

El cambio es dramático. Recuerdo que hace seis meses pasaba por una librería en los Estados Unidos y vi un libro titulado *Blur* (borroso, manchado). Me pareció el título más horrible que se le podía poner a un libro. ¿Cómo puede uno motivarse a través de un concepto confuso? Hace unos días lo vi de nuevo en otra librería y como tenía tiempo me puse a revisarlo. Finalmente, lo compré y al leerlo no hice sino subrayarlo e identificar nuevas ideas respecto de este nuevo juego, este nuevo mundo en el que vamos a actuar.

Los autores afirman que tenemos por delante un cambio dramático en muchas de las dimensiones esenciales del ser humano: el sentido del tiempo, el sentido del espacio, el sentido de la masa. Del cambio del sentido del tiempo, todos tenemos indicadores obvios. Uno de ellos lo presenté en una conferencia reciente: el automóvil fue creado en el año 1885 y demoró 55 años — hasta 1940— para que se convirtiera en un producto usado por el 25% de la población norteamericana. El

teléfono celular, en cambio, ha sido inventado en 1983 y en apenas 15 años ya es un producto común y corriente. Este proceso de innovación continua nos genera una sensación de confusión, de incertidumbre.

Lo mismo sucede con el sentido del espacio, el sentido de la masa. En lo que se refiere al espacio, por ejemplo, nos es fácil entender que a esta reunión pueda venir un grupo como el que se encuentra en la sala, que la conferencia sea transmitida incluso a otros auditorios a través de la televisión; pero se nos hace difícil imaginar que de aquí a cinco años, una conferencia como ésta pudiese ser oída en simultáneo por cien millones de personas. Tal multiplicación implícita del espacio es una que nosotros no llegamos a imaginar bien.

Un tercer sentido esencial en jaque es el de la masa. Recuerdo que cuando uno era chico lo que quería por su cumpleaños era juguetes grandes. Los regalos que tenían un volumen significativo eran doblemente atractivos. Cuando estudiaba en la universidad, el producto más importante del año fue el Concorde, una máquina muy poderosa, estéticamente muy atractiva, que recuerdo haber ido a ver aterrizar la primera vez que llegó a Lima. Hoy día, en cambio, uno puede meter en un *diskette* información que vale más que un Concorde. Si a uno le ponen en una sala de museo a un Concorde y en otra un *diskette*, es bien difícil asimilar que el *diskette* pueda tener más valor que una nave tan imponente.

En una reciente reunión a la que asistí en Boston, había un futurista que pronosticaba que en el año 2005 — en apenas cinco años— en las estaciones de gasolina de California a los clientes más usuales se les iba a regalar computadoras.

Hace pocos meses, alguien propuso cinco objetivos para el año 2005. El primero, que todo habitante del planeta pueda caminar a un punto de acceso a un servicio básico de telecomunicación. Segundo, que la

tecnología de la interpretación virtual, la traducción, permita atenuar las barreras del lenguaje para que cualquiera se pueda comunicar con quien quiera. Tercero, integrar una red con todo el conocimiento público disponible en materia de educación, cuidado de la salud, recursos agrícolas, desarrollo sostenible y seguridad pública. Cuarto, que cualquier microempresario de cualquier lugar del mundo pueda avisar, mercadear y vender sus productos directamente al mercado mundial; que las redes de informática hagan posible la reducción de los márgenes intermedios, suministren oportunamente información respecto del mercado y precios, permitan el desarrollo de tecnología como una herramienta empresarial, faciliten la ampliación de la diversidad de los mercados y la generación de nuevos empleos. El quinto objetivo era que todas las ideas pudiesen fluir libremente, que la democracia y la libertad de expresión se afirmen a escala global.

Estos cinco objetivos constituyen una Declaración de Interdependencia propuesta por el actual vicepresidente de los Estados Unidos, Al Gore, en una reciente reunión internacional. Es decir, no es parte de una proyección futurista, sino algo que alguien que es candidato a la presidencia de la República en los Estados Unidos afirma como un proyecto eventualmente realizable.

Ahora, ¿cuán integrado está nuestro país a esta visión estimulante para el futuro? ¿Cómo tener a la vez alas y raíces? Hemos leído en el periódico que en el último *ranking* de competitividad que prepara el *World Economic Forum*, y que organiza la Reunión Anual de Davos, en Suiza, el Perú está ubicado en el puesto 36. En el último año, hemos ganado un puesto y estamos en una posición relativamente buena respecto del resto de América Latina. En este índice de competitividad nos encontramos detrás de Chile y México, pero delante de Brasil y Argentina.

El Perú muestra hoy día características muy peculiares, algunas bastante favorables y otras no tanto. Para empezar, somos más optimistas que el promedio latinoamericano. La captura de Feliciano nos ha hecho recordar lo que sentimos todos los peruanos en 1992 cuando Abimael Guzmán fue capturado; el país recuperó entonces su sentido de futuro. Cuando hoy día se le pregunta a la opinión pública peruana si estamos progresando, cómo ven al Perú dentro de cinco y veinte años, las respuestas son bastante más favorables si se las compara con las del resto de la región.

En cambio, en lo que se refiere a instituciones, a la cultura, a nuestros valores y actitudes, la situación deja bastante que desear. Un indicador peligroso es la percepción que tiene la población respecto del poder relativo de las Fuerzas Armadas *vis a vis* los partidos políticos. En el conjunto de América Latina, cuando se pregunta cuáles son las instituciones que tienen más poder, el número de los que responden: “las Fuerzas Armadas” es similar al de los que responde: “los partidos políticos”. Por lo tanto, existe un cierto equilibrio. Sin embargo, los peruanos, por la crisis que hemos atravesado en los últimos 15 años, perciben el poder de las Fuerzas Armadas como un múltiplo del correspondiente a los partidos políticos. Los partidos carecen de suficiente credibilidad. El Poder Judicial es visto como ineficaz y sometido. La confianza en la policía es escasa.

En Brasil, para medir la eficiencia de la policía, se hace una encuesta a la opinión pública en la que se formula la siguiente pregunta: ¿dejaría usted a su hijo con un policía? Resulta que los brasileños del Estado en cuestión dejarían al chico en las manos del carnicero del pueblo antes que en las del policía. Este problema institucional es común en muchos países de América Latina.

Montaner se ha referido al pensamiento de Douglas North, a quien tuvimos el gusto de tener en nuestro país hace algunos años. Su mensaje respecto a la relevancia de

las instituciones en desarrollo es para nosotros especialmente significativo. Y es importante la definición que da North de una institución, porque a veces nosotros creemos que la institución es la organización *per se*. Lo que North plantea es que una institución no es solamente la organización en sí, sino los estímulos y castigos que es efectivamente capaz de establecer, así como la cultura y los valores en los cuales se desenvuelve.

Por ejemplo, en el Perú, desde hace cuatro o cinco años, buscamos una ley de partidos políticos perfectos. Nos vamos a pasar hasta el año 2005 discutiendo sobre cuál es la mejor manera de normar la acción de los partidos políticos cuando, en realidad, los partidos políticos debieran empezar a desarrollarse al margen de esa ley.

En el Perú, una institución que ha sido capaz de afirmarse ha sido Indecopi. En la última encuesta de Debate¹, cuando se pregunta: ¿cuáles son las instituciones más eficientes? Indecopi sale delante. Por lo tanto, así como dijo Carlos Alberto, si bien es cierto que en veinte años, o en una generación, se puede pasar del cuarto al primer mundo, también es cierto que en poco tiempo, de la nada, se puede crear una institución que funcione bien. Pero esa institución no es solo la ley o el decreto supremo que salió en *El Peruano* normándola, sino el conjunto de estímulos y castigos, de cultura y valores que lo alimentan.

El tema de la democracia insuficiente que tememos va a ser un tema recurrente en el futuro porque, como ha mencionado Carlos Alberto, Estados Unidos ya no solo quiere afirmar un liderazgo económico, sino establecer cierto arbitraje moral, y en este tema concuerdo con algunas atingencias que ha mencionado Max Hernández.

¿Qué cosa es una democracia? ¿Qué requisitos debe cumplir? Para mí son siete las condiciones que requiere

¹ Julio de 1999.

cumplir una democracia. La primera es que se gobierne por la ley y no por el deseo arbitrario de quien manda; es decir, la democracia es un conjunto de valores tanto o más que un sistema político, porque si se queda en un conjunto de rituales la democracia pierde sentido.

Un segundo requisito es la amplia participación en asociaciones libres. Este es un tema en el que estamos un poco atrasados en el Perú, no porque el gobierno obstruya la acción de las asociaciones civiles, sino porque a los peruanos no les nace el integrarse a ellas. No puede ser, por ejemplo, que el club Alianza Lima tenga sólo 115 personas que pagan sus cuotas. En teoría, si uno va donde un analista internacional, éste afirmaría que el club Alianza Lima es una de las marcas más poderosas que tiene el Perú. Sin embargo, a la hora que hay que decidir sobre el futuro de la asociación, solo 80 o 90 personas van a votar. No contamos con una cultura de participación en asociaciones civiles.

Sobre libertad de prensa y elección de autoridades, no hay mayor discusión. Pero existe un elemento que, para mí, es requisito fundamental de la democracia: el respeto desde y hacia una oposición real. Yo recuerdo una anécdota de Madariaga, quien afirmaba que una vez, entrando al puerto de Montevideo, estaba al lado de un uruguayo a quien preguntó: “Y, bueno, ¿qué sistema político tienen aquí?”. El uruguayo le respondió: “Aquí tenemos dos partidos, uno está conformado por toda la gente honesta, inteligente, creativa y valiosa del país; el otro, en cambio, está constituido por todos los ladrones, sinvergüenzas, torpes y atrasados que tiene el Uruguay; el problema que tenemos es que no sabemos cuál es cuál”.

Decididamente, lo que falta en el Perú es una actitud de respeto desde y hacia una oposición real. En una democracia, debe suponerse que el oponente también puede ser moral, que en su error hay parte de verdad y que en la verdad de uno también puede haber error. Ese

respeto desde y hacia una oposición real implica, en el fondo, respeto por uno mismo.

Luego, debe existir un Poder Judicial independiente. En el Perú, todavía estamos con un Poder Judicial ineficiente y sometido. En las encuestas que son comparables a nivel internacional, ésta constituye una deficiencia significativa.

Por último, como nos ha explicado Carlos Alberto, se requiere respeto por la propiedad privada, porque la libertad de la persona humana necesita instrumentos materiales para su realización. El derecho a la propiedad privada debe entenderse no como una afirmación materialista, sino como un derecho del espíritu humano. La razón fundamental de la propiedad privada no es otorgarle poder a la persona, porque Dios ya le ha otorgado eso, sino limitar la acción del Estado. Es el Estado el que no debe invadir la libertad de las personas.

Para mí, el problema fundamental del Perú en los próximos cinco años —y no me refiero sólo a la política, sino también a la sociedad, al manejo de sus asociaciones, empresas y universidades— es el superar un caudillismo que reprime para lograr un liderazgo que libere.

Muchas gracias.

Recientes publicaciones de la Editorial UPC

2018

Pulgar Vidal, Jaime

De golpes y goles. Los políticos y la selección peruana de fútbol (1911-1939)

Mangelinckx, Jérôme y Parrilla, Milagros Nataly

Mujeres y delitos de drogas en el Perú. Protocolo de atención a mujeres vinculadas a casos por tráfico de drogas

Herz, Jeannette

Apuntes de contabilidad financiera. Tercera edición

Maguiña Pardo, Ricardo y Arias Ureta, Piero

Alertas para cuidar la reputación de tu marca. Una selección de casos analizados por CONAR

Krajnik, Franz

Uchuraccay

2017

Restrepo, Javier Darío

El futuro del periodismo

Valdivia Pareja, Álvaro

Retos clínicos y sociales del suicidólogo. Casos, ejercicios e historias para enfrentar el desafío profesional

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas – ANDA

Mejores prácticas de marketing en el Perú. Una selección de casos ganadores del Premio ANDA 2017

Cáceres Álvarez, Luis
La Catedral del Criollismo. Guardia Vieja del siglo XXI

Calero, Joel
La última tarde. Guion cinematográfico

Galagarza, Brenda y Seclén, Eloy
La primera cita. Guía para el registro de referencias y citación en textos académicos

Editorial UPC
Manual de estilo de la Editorial UPC

Loyola Angeles, Fernando
Diseña tu carrera. Una guía para aprovechar las oportunidades del mercado laboral

Luna García, Rosa y Monteagudo Medina, Mary Ann
Diccionario para profesionales de la traducción. Terminología básica que todo traductor debe aprender

Chu Rubio, Manuel
Mis finanzas personales. Tercera edición

Sánchez Benavides, Oscar (comp.)
La inevitable globalización. Enfoque cultural y económico del escenario mundial

Mangelinckx, Jérôme
Lucha contra las drogas en el Perú: una batalla perdida

Biondi Shaw, Juan y Zapata Saldaña, Eduardo
Nómades electrónicas. Lo que dicen las escrituras de los jóvenes: había que echarse a andar nuevamente

Merino Amand, Francisco

*Ética para la función pública. De la indiferencia al
reconocimiento*

Encuentre más publicaciones de Editorial UPC,
en versión impresa y digital, ingresando a:
editorial.upc.edu.pe

Visite la página de Facebook Editorial UPC:
[www.facebook.com/Editorial UPC](https://www.facebook.com/EditorialUPC)